



Tarragona

50

lugares
con encanto

Texto

Antoni Jordà Fernández

Fotografías

José Carlos León Ercilla

• Colección Iris - 2 •

Tarragona

50 lugares con encanto

Texto
ANTONI JORDÀ FERNÁNDEZ

Fotografías
JOSÉ CARLOS LEÓN ERCILLA

ediciones
Lectio

 AJUNTAMENT DE
TARRAGONA

 Tarragona 2016
Candidatura de Catalunya a la
Capital Europea de la Cultura



Primera edición: marzo de 2009

Edita: Lectio Ediciones
C/ de la Violeta, 6 - 43800 VALLS
Tel. 977 60 25 91
Fax 977 61 43 57
lectio@lectio.es
www.lectio.es

© del texto: Antoni Jordà Fernández
@ de las fotografías: José Carlos León Ercilla (excepto páginas 78 y 79)
© de la edición: Lectio Ediciones

Diseño y composición: Imatge-9, SL











Impresión: Formes Gràfiques Valls, SA

ISBN: 978-84-96754-32-4

Depósito legal: T-70-2009



Índice

- | | | | | | |
|---|---|--|--|---------------------------------------|---|
| 1. El anfiteatro18 |  | 6. El barrio judío..... 28 |  | 11. La casa Canals..... 38 |  |
| 2. El antiguo Ayuntamiento20 |  | 7. La capilla de Sant Magí 30 |  | 12. La casa Castellarnau..... 40 |  |
| 3. El antiguo hospital de Santa Tecla22 |  | 8. La capilla del Santuario de Nostra Senyora del Sagrat Cor (Jesús y María)... 32 |  | 13. La casa de la Generalitat42 |  |
| 4. La antigua Universidad Laboral24 |  | 9. La capilla de Sant Pau, el Seminario y el palacio Arzobispal 34 |  | 14. La casa Montoliu..... 44 |  |
| 5. El balcón del Mediterráneo y el monumento a Roger de Lauria 26 |  | 10. La calle Merceria 36 |  | 15. El castillo de Masricart.....46 |  |



16. El castillo de Tamarit y el castillo de Ferran..... 48



22. El fortín de la Reina y el fortín de Sant Jordi..... 60



28. La villa romana dels Munts (Altafulla) y el arco de Berà (Roda de Berà) 72



17. La catedral 50



23. El foro de la colonia y el teatro romano 62



29. El monumento a los Castells..... 74



18. El retablo mayor de la catedral 52



24. El foro provincial..... 64



30. Las murallas 76



19. El circo romano..... 54



25. El monumento a los Héroes de 1811, o *dels Despullats* 66



31. La necrópolis paleocristiana..... 78



20. El antiguo matadero..... 56



26. El mercado..... 68



32. El palacio de la Diputación..... 80



21. Las fiestas de Santa Tecla 58



27. El mausoleo y la villa romana de Centelles (Constantí) 70



33. El Ayuntamiento.. 82





34. La cantera
del Mèdol 84



40. El puerto
comercial 96



46. El Serrallo 108



35. La plaza
de toros 86



41. El portal
del Roser 98



47. La Semana
Santa 110



36. La plaza
de la Font 88



42. El portal y la cruz
de Sant Antoni 100



48. La subdelegación
del Gobierno 112



37. La plaza
del Pallol y
la antigua Audiencia .. 90



43. El Pretorio
o castillo del Rey 102



49. El teatro
Metropol 114



38. Las playas 92



44. La Rambla Nova,
eje de la ciudad 104



50. La torre
de los Escipiones 116



39. El acueducto
romano o *pont
del Diable* 94



45. La Rambla Nova
y sus edificios 106



Presentación

Cualquier pretensión de resumir la historia de una persona, de una ciudad, de un país, etc. es siempre una dura tarea, probablemente imposible de conseguir. Son muchas las cosas por decir, y muchas más aún las que hay que dejar al margen porque el espacio es siempre y por definición limitado... Cuando trasladamos esta pretensión seleccionadora a los lugares singulares, o monumentales, o históricos, o todo a la vez, nos encontramos con un sinfín de espacios, casas, edificios, monumentos, calles, etc. que por ellos mismos forman parte de nuestro recuerdo y, por lo tanto, de nuestra propia historia.

Tarragona: 50 lugares con encanto es el resultado de una historia de más de dos mil doscientos años, que ha llegado hasta nosotros como un legado que pasa de generación en generación. Pero es un legado que no ha llegado intacto: cada generación lo ha transformado a su gusto, interés o necesidad. Por este motivo, la ciudad de Tarragona es hoy una ciudad viva, heredera de una tradición que la ha ido formando durante siglos hasta llegar a su situación actual.

Pero, ¿cómo se ha llegado a la Tarragona de hoy? ¿Cuál ha sido el camino recorrido?

Probablemente de forma merecida, la historia de Tarragona se confunde, a menudo, con la Tarraco romana, tal fue la huella que en ella dejó la Roma conquistadora y civilizadora. Haciendo sombra a los primeros pobladores iberos, casi olvidados, las legiones romanas de los Escipión se instalaron a partir del 218 a.C. en la cima de una pequeña colina cerca del mar, y dieron paso a la fundación de la que sería la capital de la provincia Tarraconense,

que en época de Julio César recibió la categoría de colonia, con el nombre de Colonia (Iulia) Urbs Triumphalis Tarraconensis. La fortaleza del Imperio Romano fue también la fortaleza de Tarraco; durante siglos fue la capital administrativa y religiosa de buena parte de Hispania, y para hacer honor a esta categoría la ciudad recibió el apoyo necesario para urbanizar un espacio de grandes dimensiones. En efecto, en un perímetro amurallado de gran envergadura, la ciudad edificó conjuntos que en su época ya debían de ser monumentales: teatro, anfiteatro, circo, foros, etc., sin olvidar las construcciones situadas fuera de la ciudad, pero que evidenciaban su radio de influencia: el acueducto, las villas romanas de Centcelles o dels Munts, la torre de los Escipiones, el arco de Berà... Incluso una necrópolis inmensa que hoy, casi dos mil años después, aún sorprende por su extensión.

Con la desaparición del Imperio Romano, las edificaciones existentes, tanto las más conocidas y celebradas como las más humildes, pasaron a tener nuevos fines y aprovechamientos. De hecho, si alguna característica milenaria pueden tener los habitantes de Tarragona es su carácter ecléctico, que se adecua a todas las circunstancias, buenas o no tan buenas, que se van presentando a lo largo de la vida, y que hace que aprovechen de nuevo todo lo que puede tener interés o utilidad. Así, en la época de las guerras Sertorianas, inicialmente los de Tarraco apoyaron a Sertorio, pero cuando fue derrotado por Cneo Pompeyo Magno cambiaron de bando y edificaron un monumento con una lápida (año 71 a.C.) en honor al general victorioso. Años después, Julio César derrotó a los pompe-



Detalle del pavimento de la calle Granada.

yanos en Ilerda (año 49 a.C.), y cuando se acercaba a la ciudad los tarraconenses retiraron el monumento a Pompeyo, y la misma lápida fue reescrita en el reverso en honor a Publio Mucio Escévola, lugarteniente victorioso de César (y sobrino de Pompeyo Magno)... Asimismo, explica Quintiliano que, años después, los tarraconenses quisieron congraciarse con el emperador Augusto, comunicándole que, en el altar erigido en su honor, había crecido una palmera, símbolo de la victoria, a lo que alguien respondió desde Roma que el altar debía estar en desuso desde hacía mucho tiempo...

En época medieval, y después de la Reconquista cristiana en el siglo XII, la ciudad empieza una nueva etapa que la consolida como referencia indiscutible tanto desde el punto de vista religioso como administrativo: la sede arzobispal no tiene sólo un aspecto religioso, sino también de administración y gobierno de un territorio en medio del mundo feudal. Tarragona vuelve a nacer después del intermedio musulmán, de larga duración (unos cuatrocientos años), pero, sorprendentemente, sin ninguna huella perdurable. La ciudad medieval nace y crece en un espacio

mucho más pequeño que la Tarraco romana, y aprovecha muchos de los materiales de sus antiguos edificios y monumentos para construir nuevas casas, iglesias y la misma catedral, obra magna por sus proporciones para una ciudad pequeña y no muy poblada como era la Tarragona medieval. Y se utilizan no sólo las piedras, sino también las tradiciones: casualidad o no, las fechas litúrgicas de celebración de los dos copatrones de la ciudad, santa Tecla y san Magín, coinciden con las dos fechas más significativas de la vida del emperador Octavio Augusto: su nacimiento (23 de septiembre del 63 a.C.), y su muerte (19 de agosto del 14 d.C.).

Poco a poco, la ciudad crece, amplía su espacio: ensancha las murallas, construye nuevas torres de defensa, incluso edifica conventos e iglesias más allá de la protección de los muros defensivos. La pequeña nobleza local compra solares y edifica sus casas señoriales, y las calles toman el nombre de los oficios o del nivel social de sus vecinos: Mercería, Ferrers, Cavallers, etc. Si el arzobispo, como señor de la ciudad junto con el rey, es una institución muy sólida y potente desde el siglo XII, la ciudad, con sus representantes, emerge como entidad política y jurídica diferenciada desde el siglo XIII aproximadamente. Sus cónsules, elegidos de forma más o menos directa o influenciada por los gremios, cofradías y otras corporaciones, representaban a la ciudad y los intereses de sus habitantes ante el arzobispo y el rey. A menudo las relaciones fueron tensas: Tarragona se opuso al rey en varias guerras; pero la ciudad siempre busca mantener sus principios y lealtades, salvando, eso sí, la vida y las propiedades de sus habitantes. Hay que decir que las capitulaciones y rendiciones fueron siempre un mal menor comparado con los sitios feroces que los tarraconenses sufrieron en alguna ocasión (por ejemplo, durante la Guerra de la Independencia en 1811).

La presencia de Roma, la acción de la Reconquista y la configuración jurídica de la ciudad son factores que hay que tener presentes en la historia de Tarragona. Aun así, hay otro elemento sin el que no es posible entender cómo ha evolucionado la ciudad, especialmente en los últimos siglos: el puerto. La actividad portuaria es muy antigua, ciertamente: ya en época romana el puerto de Tarraco era una base importante del desarrollo eco-



El anfiteatro y el mar Mediterráneo.

nómico de todo el territorio. En época medieval y moderna, el puerto de Tarragona vio limitada su consolidación por la presencia del muy activo y bien protegido (natural y políticamente) puerto de Salou. Pero desde finales del siglo XVIII y durante todo el siglo XIX, el puerto de Tarragona y la ciudad actúan de forma osmótica, dándose impulso mutuamente: el puerto sirve a la ciudad para fijar la capitalidad política y administrativa provincial (1822), para potenciar una nueva zona de desarrollo urbanístico y para impulsar varios sectores económicos. Y la ciudad sirve al puerto para ampliar y mejorar sus instalaciones, para encontrar nuevas rutas de intercambio, y para consolidarlo como uno de los puertos más activos del Mediterráneo.

Tarragona crece en todos los sentidos durante el siglo XIX y hasta el primer tercio del siglo XX. Después de la guerra napoleónica y de sus estragos, poco a poco la ciudad aumenta su población y rompe los lazos que limitaban su expansión urbana y económica: se derriban las murallas, y la Rambla Nova nace a mediados del siglo XIX como signo y símbolo de la nueva etapa que la ciudad quiere vivir. Las casas, los monumentos, etc. que se edificaron son una muestra de esta visión de futuro y de expansión urbana, de modo que hoy, en el siglo XXI, la Rambla Nova sigue siendo la arteria principal de la ciudad, que va desde el mar y su balcón del Mediterráneo hasta llegar al río Francolí, donde la *Torre dels Vents* pone límite al viento mistral que señorea de vez en cuando la ciudad.

La Guerra Civil de 1936 fue una interrupción dramática de este proceso, de la que Tarragona se recuperó muy lentamente y con enormes dificultades. La expansión demográfica, económica y urbanística toma un impulso notable durante los años sesenta, cuando la instalación de un polígono industrial petroquímico provoca un gran crecimiento demográfico que transforma la ciudad. Y Tarragona, como ha hecho durante toda su historia, se adecua y se adapta a los nuevos tiempos, se transforma en una ciudad moderna, tal vez aún provinciana en el sentido más afectuoso de la palabra, pensando en un futuro expansivo, con incertidumbres, pero también con energías renovadas.

La ciudad que empieza en el siglo XXI es la que, representada en cincuenta rincones o lugares de interés, se recoge en

este libro. Y muestra estos lugares de dos formas: con la letra y la imagen, con la imagen y la letra. La imagen, gracias a la profesionalidad y al estilo artístico de José Carlos León, toma vida propia y casi independiente del texto, y habla y se expresa con personalidad propia. En efecto, los lugares que se presentan visualmente en cada apartado son identificables por ellos mismos, con una singularidad: cada una de las fotografías, tanto si reflejan un elemento milenario como de actualidad reciente, invita al lector a querer saber y conocer más sobre este lugar.

La selección de los cincuenta rincones o lugares no ha sido fácil, pues era necesaria una selección cuidadosa que permitiera hacer una cata de una mirada muy personal, la del autor literario. Un autor que espera que el lector curioso no se conforme sólo con leer el texto y disfrutar de cada imagen, sino que busque más, pida más, quiera comprobar *in situ* aquel espacio y se pregunte por qué se ha seleccionado ese lugar, y no aquél otro... La respuesta no es fácil: resumir, seleccionar, en especial si hay mucho donde escoger, como es el caso de la ciudad de Tarragona, obliga a fijar unos criterios previos, a formular unas líneas de trabajo. En definitiva, a ajustarse a una especie de guión.

El guión elegido nos permite hacer un viaje de ida al pasado, y de vuelta al presente. Se han buscado los elementos arquitectónicos, paisajísticos, monumentales y humanos que más y mejor podían definir la evolución de esta bimilenaria ciudad, y que sin duda han dejado de una u otra forma una huella que hoy todavía podemos seguir. En cada lugar, la conjunción de texto e imagen pretende ofrecer una simbiosis destilada de un rincón de Tarragona que merece la pena destacar (y recordar). Hay calles, plazas, edificios, monumentos, palacios, capillas, iglesias, fortines y murallas, el puerto, las playas, etc. Seguramente, cualquier persona de cualquier época histórica encontraría en esta selección uno o más referentes de su vida o de su estancia en la ciudad.

Y, aun así, todo es adaptable, fungible, transformable. La ciudad se ha adaptado en cada momento y en cada época a las nuevas realidades provocadas por los cambios inevitables del desarrollo histórico. Ha reaprovechado, como decíamos al empezar esta presentación, todo lo que encontraba, y le ha dado un nuevo servicio o utilidad, y sus habitantes vivían, muchas veces

sin saberlo valorar adecuadamente, sobre una parte de la historia. Seguramente, esta circunstancia tiene algo que ver con el carácter de los tarraconenses: poco irreflexivos, nada dados a la imprevisión, excesivamente calculadores de todos los beneficios o perjuicios que sus actos les pueden comportar. Y, sobre todo, poco amantes de los cambios repentinos, de las sorpresas (buenas o malas, ¡da igual!). Todas las acciones que los tarraconenses han culminado con éxito a lo largo de su historia han sido muy pensadas, calculadas y meditadas: sólo hay que comprobar alguno de los vestigios aún presentes hoy en día.

Así, la muralla romana y medieval sirve aún de pared protectora para numerosas casas o edificios. El acueducto de las Ferreres (el *pont del Diable*) se hizo con el objetivo de llevar agua a la ciudad, tan necesitada de agua ahora como hace dos mil años, quién sabe si algún día habrá que pensar en nuevos acueductos. La catedral, obra magna de más de doscientos años de esfuerzos constructivos, está inacabada, como símbolo perenne de que no hay que precipitarse en nada, porque todo tiene su momento y lleva su tiempo... La actividad portuaria, también bimilenaria, es el resultado de la tensión vital de la ciudad hacia el mar, coronando piedra a piedra un esfuerzo ciudadano.

Y, aún así, todo es cada día nuevo. En cada momento, en cada época del año, en cada época de la historia, Tarragona, sus espacios y sus lugares tienen una vida propia, una esencia diferente según quién los contemple, según quién los observe, según quién los viva... *Tarragona: 50 lugares con encanto* es también una de estas miradas, con palabras e imágenes, con presencias vitales, con recuerdos del pasado, con historias del presente.

DR. ANTONI JORDÀ FERNÁNDEZ
Profesor de la Facultad de Ciencias Jurídicas
Universitat Rovira i Virgili
Tarragona, 21 de enero de 2009





Los 50 lugares



El anfiteatro

Situado entre el paseo de las Palmeras, el parque del Miracle, la Vía Augusta y la plaza del Cardenal Arce Ochotorena. Se accede a él por el parque del Miracle.

Declarado Monumento Histórico Artístico por Real Orden de 5-8-1924 (*Gaceta* 9-8-1924).

Declarado por la UNESCO Patrimonio Mundial (30-11-2000), junto con la basílica visigótica y la iglesia románica de Santa Maria del Miracle, como parte del Conjunto Arqueológico de Tarraco.

GUÍA PRÁCTICA

El anfiteatro romano de Tarraco estaba situado fuera del recinto amurallado de la ciudad. La utilización habitual de estos edificios era la realización de luchas entre gladiadores y de luchas de fieras salvajes. Fue edificado al inicio del siglo II d.C., bajo el impulso de un personaje importante del que no sabemos el nombre. La ubicación en esta parte de la ciudad, cerca del mar y en la base de la colina, se puede explicar por la voluntad de aprovechar el desnivel orográfico del terreno para construir las gradas donde se situarían los espectadores. Su forma es elíptica, en la zona central o arena, con unas dimensiones considerables (61,50 m x 38,50 m), se desarrollaban los diferentes juegos. Esta zona central presenta unas construcciones subterráneas llamadas *fossae*, que escondían los mecanismos y tramoyas necesarios para elevar a pie de arena a las fieras o a los gladiadores. También había un pequeño espacio de culto a la diosa Némesis, protectora de los gladiadores y cazadores. Las gradas o *cavea* fueron en gran parte cortadas sobre roca viva, estaban divididas en tres sectores de filas: según el nivel social se estaba más cerca o más lejos de la arena. El anfiteatro era un monumento de casi ciento diez metros por ochenta y se calcula que cabían entre diez mil y catorce mil espectadores.

El edificio fue reformado a principios del siglo III. En el año 259 el obispo de Tarraco, Fructuoso, y los diáconos Eulogio y Augurio

fueron quemados vivos aquí, en medio de la persecución religiosa decretada por el emperador Valeriano. En el siglo V parece ser que el edificio estaba ya abandonado, y a finales del siglo VI se edificó una basílica visigótica para conmemorar el lugar del martirio. Hoy sólo quedan los cimientos y parte del pavimento; tenía tres naves y un presbiterio con ábside exterior. También se ubicó aquí un pequeño cementerio, que se mantuvo hasta la llegada de los musulmanes en el año 713. Con la Reconquista cristiana del siglo XII, sobre los restos de la basílica visigótica se edificó una iglesia románica, dedicada a la Virgen del Milagro. En el último tercio del siglo XVI se construyó el convento de los monjes trinitarios. Finalmente, a principios del siglo XIX se convirtió el espacio en un penal para los presidiarios que trabajaban en la construcción del puerto de la ciudad. A principios del siglo XX se clausuró el presidio y se cedió el espacio al Ayuntamiento (1910), que inició las tareas de recuperación arqueológica. En el año 1915 se derrumbó fortuitamente la iglesia, y en 1924 el conjunto fue declarado monumento arquitectónico y artístico. Fue dañado en parte durante la Guerra Civil de 1936-39; posteriormente, diferentes campañas de excavaciones preservaron y restauraron el antiguo esplendor del anfiteatro, con los restos bien visibles de la iglesia románica y de la planta basilical visigótica.



Arriba, detalle de la basílica visigótica, en el anfiteatro.

En la página siguiente: vista general del anfiteatro.

